

Argentina Se juega tiempo extra

Guillermo Almeyra

La junta militar argentina, que transformó al mundial de fútbol en puntal para su reforzamiento político, está jugando ahora tiempo suplementario, transcurrido el lapso asignado a la historia para jugar su partido.

Con Viola van al oca las esperanzas de los militares en una *democratización controlada* (y de los oportunistas civiles de todo calibre que esperaban lo mismo, quizá bajo la forma de un gobierno cívico-militar). La crisis económica y la crisis social han profundizado la crisis política. La confianza de la burguesía en la solidez del gobierno y en la política de Martínez de Hoz es cosa del pasado. Por un lado, cada sector presenta abiertamente sus reivindicaciones e incluso las fuerzas armadas están profundamente divididas en lo que respecta al gobierno y a la política oficial y pueden derribarlo en cualquier momento. Y, por otro, en el campo económico reaparece la necesidad de un estatismo y un proteccionismo que los militares creían haber eliminado para siempre, pero que el cierre de las industrias obliga a desempolvár. Pero lo más importante de todo es que la clase obrera pasa a primer plano de la escena política, con huelgas y manifestaciones como la de los mecánicos del automóvil (SMATA),

lo cual presenta ante los militares la vieja imagen de los procesos incontenibles que hundieron las sucesivas dictaduras desde 1955 a 1973. La llamada "cuestión social" pasa así a ser preocupación decisiva tras haber creído liquidarla con las leyes represivas, las torturas, las cárceles, las desapariciones. Y el proceso de democratización desde arriba, exclusivamente para aquellos a los cuales los militares designasen como aptos para ella y conciliables con el sistema que había impuesto, salta a pedazos ante el lazo establecido por los obreros entre las reivindicaciones económicas y sociales y la democracia. De este modo las fuerzas armadas, inevitablemente, tenderán a dividirse entre quienes pretenderán apoyarse en una represión aún más feroz y quienes, por el contrario, intentarán erigir una barrera contra la acción independiente de la clase obrera tratando con la dirección sindical burocrática peronista que, ahora, se apoya además en la fuerza de la socialdemocracia internacional y de las centrales sindicales mundiales y regionales por ella influenciada.

La detención masiva de cuatro mil obreros y su liberación posterior, salvo algunos militantes y dirigentes, es demasiado y, al mismo tiempo, demasiado

poco. Demasiado para tratar de evitar que la atención social se una a la crisis económica y la crisis política interburguesa y dentro de las fuerzas armadas, demasiado poco para una clase obrera que ha sufrido golpes mucho más duros sin cejar en su lucha ni ser quebrada. Ya David Rockefeller, presidente entonces del Chase Manhattan Bank, se lamentaba en Buenos Aires de que la política que tanto resultado había dado en Chile había tropezado en Argentina con el obstáculo de la fuerza del movimiento obrero. Pues bien, esa fuerza, cualesquiera sean sus vicisitudes, ha pasado a la contraofensiva en el momento en que las brechas en el dispositivo militar y las divisiones en la burguesía, así como el deslizamiento crítico de buena parte de la clase media se lo permitían. Este es un salto cualitativo en el proceso argentino que debe ser registrado, aunque la manifestación de SMATA y la huelga, aparentemente, sean esencialmente defensivas y un ejercicio del derecho de petición que, en sí mismo, expresa la creencia en la legitimidad del poder a quien se presiona.

Por supuesto, nuevamente y como siempre, todos los partidos y tendencias burguesas tendrán que alinearse, no en función sólo de lo que pasa en las fuerzas armadas, sino también y cada vez más de acuerdo con lo que hierve abajo. La clase obrera argentina, unavez más, impone su presencia en el panorama político. Pero esta vez lo hace con el balance de la dictadura y del peronismo a sus espaldas y sin esperanza alguna en otro redentor que su unidad y su fuerza.